

JESUCRISTO RECONCILIADOR

El presente trabajo tiene por finalidad poder profundizar en la realidad de la naturaleza humana, herida por el pecado original y redimida por Cristo.

Haremos un recorrido partiendo, como es lógico desde la Creación, en donde Dios crea al mundo (y al hombre) por sobreabundancia de amor. El hombre es creado a imagen y semejanza de Dios y goza de su amistad; el ser humano está llamado a tener una relación personal con Dios. La naturaleza humana al principio no estaba herida por el pecado, por lo tanto, tendía a la perfección, (Dios no crea el mundo en un estado de perfección ya acabada, sino que crea al mundo "en estado de vía" hacia su perfección última). (Catecismo de la Iglesia Católica).

El dato de ser creados a imagen y semejanza de Dios, es un dato que revela las bases de una auténtica antropología cristiana, esta es una verdad fundamental sobre el hombre que lo eleva grandemente, puesto que él es el único entre todas las creaturas hecho a imagen y semejanza de Dios, por lo tanto tiene una dignidad única.

Dios participa su ser al hombre, y por lo tanto, lo invita a vivir como Él; “así como la Trinidad vive la comunión y la participación desde toda la eternidad, análogamente, el hombre está invitado, desde la creación, a vivirlas en su vida temporal y en su vida futura” (Salazar, 1989). Así como la comunión no es algo accidental en Dios, sino, que es parte de su misma esencia, el hombre, al ser creado a imagen y semejanza de Dios, está llamado a vivir la comunión plenamente, por ello, el ser humano, desde la creación tendía plenamente a la realización de esta característica inherente a su ser mismo.

El hombre antes de la herida del pecado original, tenía las posibilidades de alcanzar la perfección y una relación plena con Dios, consigo mismo, con los demás y con todo lo creado. Analizando esto desde un punto de vista psicológico, podemos decir, que el ser humano, al principio tenía la capacidad de gobernar por medio de la razón a sus pasiones, tenía un pleno conocimiento de sí, por lo tanto una total aceptación de sí mismo; su capacidad de entendimiento y comprensión de la realidad en toda su profundidad era plena. Su voluntad estaba dirigida al fin último (Dios), y no había confusión entre el bien infinito y los bienes finitos; podemos decir, que actuaba haciendo un ejercicio pleno de su libertad, y los medios que elegía (por el libre albedrío), eran aquellos que realmente lo encaminaban a la felicidad.

Dios crea al hombre libre para que sea capaz de amar, porque sin libertad no hay posibilidad de amar, una característica del amor es que éste es libre. Como dijimos anteriormente, Dios crea al hombre a su imagen y semejanza, y por revelación bíblica sabemos que Dios es amor; por lo tanto, el plan creador de Dios está destinado a que el hombre alcance la felicidad y plenitud, por medio de la vivencia del amor.

Pero sucedió, que el ser humano pecó, desobedeció a Dios y pretendió lograr la felicidad lejos de Él; al pretender prescindir de su Creador, rompió su amistad con Dios, y al suceder esto, su naturaleza es herida y ya no posee todas estas perfecciones que hemos detallado anteriormente y por lo tanto no es capaz de amar ni de ser feliz. Es así que el ser humano, que fue creado para la comunión con Dios, consigo mismo, con sus hermanos y con todo lo creado; por el pecado cierra esa posibilidad y cae en la “tierra de la desemejanza, tierra de la ilusión y de la mentira” (Doig, 1988)

El hombre ha sido creado en primer lugar para poder estar en comunión con Dios, en lo más profundo de sí, todo ser humano tiene un anhelo profundo de Dios, pero por efecto del pecado Dios está oculto para el hombre, esta es la primera ruptura fruto del pecado: la ruptura con Dios.

El pecado también hace que el hombre rompa consigo mismo, y no llegue a conocerse plenamente y mucho menos a ser quien realmente está llamado a ser; como es lógico partiendo de las dos rupturas anteriores, se desprende la ruptura con los hermanos, ya que si el hombre no ama a Dios, no podrá amarse a sí mismo y mucho menos llegar a vivir la solidaridad y comunión plena con sus semejantes; la cuarta ruptura es la que se da con todo lo creado, y es así que el ser humano quien fue creado para someter toda la naturaleza para su beneficio, al entrar la dinámica del pecado en su existencia, ya no tiene esa relación armónica con la naturaleza.

Por el pecado, el hombre se niega a someterse a su creador y esto hace que su equilibrio interior se pierda y surjan en él contradicciones y conflictos, y es aquí donde se dan las rupturas detalladas anteriormente, éstas obviamente lo separan de Dios y repercuten en su naturaleza misma, ya que cae en la desemejanza; cuando había sido creado a imagen y semejanza de Dios. Esta desemejanza hace que el hombre “abandone la búsqueda de sentido que le da sentido a todo” (Salazar, 1989) y por ello no encuentra la felicidad para la que fue creado.

Pero como dijimos anteriormente, Dios crea al hombre por amor, y no lo deja abandonado a su suerte, sino, que (en el mismo momento de la caída), le promete una salvación (Gen. 3,15); y es así, que como por un hombre (Adán) entró la muerte en el mundo, también por un hombre (Cristo), entró la salvación al mundo. Adán desobedeció a Dios, y Cristo le obedeció hasta la muerte en Cruz, es así, que por el sacrificio de Jesucristo el ser humano es salvado y su naturaleza humana redimida.

Jesucristo es el Reconciliador entre Dios y el hombre, ya que por medio de Él, el ser humano recupera la amistad con Dios que había perdido por el pecado; la reconciliación consiste justamente en restaurar las primeras relaciones que existían entre Dios y el hombre, “relaciones de amor, de unidad, de cercanía, de comunión” (Sánchez, 1996).

Reconciliar al hombre con Dios es la principal “tarea” de Cristo en su obra reconciliadora, puesto que por el pecado el hombre se aleja de Dios y pierde su amistad, pero este mismo pecado que “introduce división entre el hombre y Dios es también la causa

más radical de todas las divisiones existentes entre los hombres” (Bandera, 1988); es así que la reconciliación que Cristo nos trae, permite que la paz en la tierra se extienda y se dé una unidad entre los hombres.

Antes de la llegada de Cristo al mundo para su salvación, Dios establece una Alianza con su pueblo, justamente por el amor grande y misericordioso que le tiene. Por medio de esta Alianza, Dios se acerca al hombre y le ofrece su amistad, pero espera que el hombre responda a ésta en la misma medida y para ello le muestra claramente qué es lo que Dios quiere del hombre y qué es lo que el hombre puede esperar y pedir de Dios (Sánchez, 1996); la Alianza entre Dios y el pueblo de Israel, también prepara el camino para la llegada de Jesucristo que será quien selle definitivamente la Alianza entre Dios y todos los hombres.

Es claro que esta reconciliación entre Dios y el hombre, tiene lugar de manera concreta y específica en cada persona única e irrepetible, puesto que el Señor derrama su gracia en cada uno de nosotros de manera especial, de acuerdo a lo que cada quien necesite, y además cada quien responde y colabora de manera singular con la gracia recibida; pero esto no quiere decir, que la Alianza que Dios realiza se haga de manera separada e individual con cada persona en específico, sino, al contrario, ya que una característica propia de la reconciliación, es su carácter social, es así que el Señor sella esta nueva Alianza en Cristo, con toda la humanidad; por lo tanto, así como todos los seres humanos (por la unidad de género), están implicados en el pecado de Adán, todos también están implicados en la reconciliación que nos trae Cristo.

Esta reconciliación que trae Jesús, no solamente afecta al ser humano, sino a toda la creación, y así, como toda la creación sufre la ruptura con Dios debido al pecado del hombre, toda la creación también se beneficia con el sacrificio reconciliador de nuestro Señor Jesucristo. (Sánchez, 1996)

La venida de Cristo al mundo y su misión salvífica y reconciliadora, dan un sentido a la vida del ser humano; sin la posibilidad que nos da Cristo de una restauración de nuestra naturaleza caída, sin la posibilidad de recuperar la amistad con Dios y volver a tener una relación cercana con Él, el ser humano no podría encontrar un verdadero sentido y rumbo a su vida.

Es así que el cristiano vive en una constante actitud de esperanza, de un anhelo profundo de encuentro con Dios, de un anhelo profundo de volver a los inicios (antes del pecado); esta espera, sería una espera en algo abstracto, si no fuera por la venida de Cristo al mundo, ya que a partir de ésta, la persona humana espera en “alguien” y no en “algo” (Doig, 1988)

La esperanza es una pasión del irascible que se da debido a la posibilidad de alcanzar un bien futuro, que sea difícil de conseguir, pero a la vez posible de alcanzar como nos dice Santo Tomás; por lo tanto, sin la acción salvadora de Jesucristo, que permite la reconciliación entre Dios y los hombres, el ser humano no podría vivir la esperanza, porque

es Cristo quien con su sacrificio nos pone el Bien que es la recuperación de la amistad con Dios como un Bien real, futuro, difícil pero posible de alcanzar.

A la vez, la esperanza abre las puertas a la dinámica de la reconciliación, (Doig, 1988) puesto que vivimos en un mundo lleno de rupturas, y la aspiración a la reconciliación se apoya justamente en la esperanza de un encuentro verdadero con Dios, porque si bien es cierto que Cristo vino a reconciliar a todo el mundo y su sacrificio vale para todos, no se dará una auténtica reconciliación entre Dios y el hombre si éste no escucha la Palabra y la acoge “respondiendo con un sí pleno al plan de Dios” (Doig, 1988)

Este aspecto de la respuesta del hombre a Dios, me parece importante de resaltar, puesto que (al igual que al inicio), Dios no busca nunca imponer nada al hombre, sino que le permite decidir libremente, justamente por el inmenso amor que le tiene es que se muestra al hombre, pero espera que éste decida libremente seguirlo o no.

Igual fue al inicio, antes del pecado, Dios permite que el hombre lo conozca, alcance la felicidad plena de poder contemplarlo, y el hombre (por soberbia), rechaza a Dios; es aquí donde se dan las rupturas mencionadas anteriormente, y durante mucho tiempo el hombre y la creación entera vive a espaldas de Dios sin la posibilidad de poder retomar esa amistad perdida con Él.

La dinámica de la reconciliación de Dios con el hombre que se da por medio de Cristo; es interesante porque aunque el hombre vuelva a pecar, ya no está ausente la posibilidad de poder acercarse a Dios, sino, que esta es una reconciliación eterna, en donde siempre existe la posibilidad de acceder al perdón de Dios por medio de los Sacramentos; aquí vemos cómo la misericordia de Dios es tan grande, que conociendo al hombre y sabiendo que volverá a pecar, no lo abandona, sino, que envía a su propio Hijo y lo deja en medio de nosotros para siempre (Eucaristía), para que podamos arrepentirnos y ser perdonados cuantas veces lo necesitemos.

Gustavo Sánchez, en su libro Jesucristo Reconciliador, hace un recorrido interesante por el pensamiento de los Padres de la Iglesia con relación a la reconciliación, y ahí plantea lo que dice San Ireneo de Lyon: la manera por la que Dios y el hombre recuperan la unidad perdida por acción del pecado es por la encarnación, porque Jesucristo, que es Dios, se hace hombre y es así que se elimina la separación ocasionada por el pecado de Adán.

Si Cristo no asumiese verdaderamente nuestra condición humana no se podría dar una auténtica reconciliación, porque no sería el sacrificio de un hombre con posibilidad de decidir libremente por el bien quien nos reconcilió, sino, un ser superior, que con facilidad, puede optar por el bien, sin necesidad que medie ningún tipo de sacrificio.

Para poder hablar de una verdadera reconciliación, hay que tener muy claro que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, no es Dios con apariencia humana, sino que realmente es hombre con todas las realidades que esto implica: debilidades, fortalezas, sentimientos, voluntad, libertad, libre albedrío, inteligencia humanas; tampoco es un

hombre extraordinario, sino que realmente es Dios; en Jesucristo, que es una persona, están presentes dos naturalezas, la divina y la humana.

Por medio de la encarnación es que Cristo que es Dios, se hace hombre, y al hacerse hombre se une con todos los hombres y por eso su sacrificio no sólo lo reconcilia a él con el Padre, sino a todos los hombres, así como el pecado de Adán, se extendió a todos los hombres.

Cristo es verdadero hombre, igual a nosotros en todo, menos en el pecado, sin embargo, esto no quiere decir, que por eso (y por además ser Dios), es que le fue fácil obedecer al Padre; puesto que al igual que Adán (que fue creado sin pecado), pudo optar libremente por la desobediencia, sin embargo no lo hizo, y ahí está la clave por la que nos reconcilia a todos nosotros con Dios.

Afirmar la humanidad de Cristo, de ninguna manera nos debe llevar a negar su divinidad, existe una unidad sustancial entre Padre e Hijo, por lo tanto, “el designio reconciliador brota del amor del Padre y es realizado por el Hijo que, por ser Dios al igual que el Padre, tiene poder para hacerlo” (Sánchez, 1996).

Si Jesucristo no fuera Dios, sería un hombre extraordinario que obedeció a Dios: un Santo; pero de ninguna manera tendría el poder de reconciliar a toda la humanidad con el Creador; además es importante tener claro que es el mismo Dios quien busca que se restablezca esta amistad perdida entre Él y el hombre, porque ama tanto a su creación, que no quiere que se pierda.

La reconciliación que nos trae Cristo, es realizada en la Anunciación, Encarnación, Vida, Pasión, Muerte y Resurrección del Señor; por medio de esta dinámica reconciliadora, Jesús no sólo nos devuelve la amistad con Dios, sino, que nos muestra claramente el misterio del hombre (Salazar, 1989)

La dinámica reconciliadora justamente va por este camino, puesto que en la medida que el ser humano tenga claro quién es y a qué está llamado, indefectiblemente volverá su mirada a Dios y alcanzará la felicidad para la que fue creado. “El ser humano redimido por Cristo, recupera la visión de su naturaleza y descubre su propia identidad como Hijo de Dios” (Salazar, 1989)

Podemos decir que Dios idea un plan para que se dé la salvación, “este plan es obra de las tres Personas Divinas. Tiene su origen en el Padre, es ejecutado por el Hijo y se consuma en el don del Espíritu Santo” (Bandera, 1988), para comprender este plan salvífico es necesario introducir a la Virgen María, puesto que para que la encarnación sea una realidad, Dios nuevamente no quiere imponer nada, sino, que “Dios obra en nosotros con nosotros”, esto quiere decir, que para que la salvación entre en el mundo, se requiere la aprobación y donación de “alguien” que le obedezca a Dios y confíe en Él, y aquí es donde entra a tallar la figura de María, quien pudo al igual que Eva darle la espalda a Dios y pecar, pero no lo hizo, fue obediente y dócil al Señor y es así que gracias a ella la salvación hizo su entrada al mundo.

María con su “hágase”, permite que el plan salvador de Dios se realice plenamente, aquí es importante tener claro el hecho de que Jesús es Hijo del Padre eterno, pero también de la Madre terrena y “realiza la redención precisamente a través de los misterios que se cumplen en la humanidad recibida de la Madre” (Bandera, 1988), puesto que –como vimos anteriormente- si Cristo no fuera verdaderamente hombre, la redención de los seres humanos no sería posible; y es justamente María, la Madre quien lo acoge para comunicarle la naturaleza humana.

Cristo es el Hijo del Padre y el Hijo de María, estas dos filiaciones están coordinadas entre sí, de tal manera que la filiación humana se subordina por entero a la divina (Bandera, 1988)

Podemos ver, con claridad el papel importantísimo y fundamental que cumple la Virgen María en la historia de la salvación de la humanidad; pero no debemos circunscribir este papel sólo a la colaboración para la encarnación de Cristo, sino, especialmente a lo largo de toda la vida del Señor y en su Pasión y Muerte, en donde la presencia de María es constante y acompañante de la acción del Hijo.

Pero tampoco debemos pensar que el papel de María en la acción salvífica del Señor termina con la muerte de su Hijo, ya que así como nos mostró al Padre para que nuestra fraternidad con Él fuese completa, también nos dio a su Madre, para que sea nuestra madre espiritual (Bandera, 1988).

Por lo tanto, queda claro que la acción de María santísima en la obra reconciliadora del Señor, aún no acaba, porque intercede por nosotros ante su Hijo, puesto que también es madre nuestra y porque somos sus hijos, nos ama y nos ayuda a acercarnos a Dios para que podamos alcanzar la plenitud a la que estamos llamados desde la creación.

Para concluir, podemos afirmar que Dios crea al mundo y al hombre no por necesidad, sino, por sobreabundancia de amor. El hombre es el único ser creado a imagen y semejanza de Dios, por lo tanto, tiene una dignidad muy grande y justamente fue creado para vivir en plena comunión Él, consigo mismo, con los demás y con el resto de la creación; de esta manera y viviendo el amor en todas sus dimensiones, es que el hombre puede alcanzar la felicidad, que es lo que Dios, quiso para él.

Como Dios crea al hombre a su imagen y semejanza, lo crea para amar, y por lo tanto, lo crea libre. Es así, que haciendo un uso incorrecto de esta libertad que el mismo Señor le da, el hombre peca y se aleja de Él; es aquí cuando se rompe esta unión que existía entre Creador y creatura y por esto, el ser humano se extravía y pierde el sentido de su vida (ya que se desconecta con quien lo creó) y por lo tanto, le es imposible alcanzar la felicidad para la que fue creado.

Dios, que es amor y bueno hasta el extremo, no se olvida de su creación y en su infinita misericordia, traza un plan para reconciliarse con el hombre; es así que envía a su

Hijo para que se haga hombre como nosotros y así, desde nuestra propia naturaleza nos redima y volvamos a gozar de la amistad perdida con Dios.

Jesucristo obedece al Padre, por amor a Él y por amor a nosotros los hombres, y es así que el misterio de la reconciliación entra en la dinámica del mundo. A partir de ese momento tenemos la posibilidad de responder plenamente a la vivencia del amor para la que fuimos creados; pero esto no se convertirá en una realidad palpable en nuestra vida, si no respondemos con un Sí al Señor haciendo un uso recto de nuestra libertad.

Para poder lograr esto, el Señor mismo nos muestra el camino a seguir: ser como Él, y además tenemos un ejemplo claro de obediencia y docilidad al Plan de Dios en la Virgen María.

Frente a esta realidad de la dinámica reconciliadora de Dios, que nos pone la posibilidad de la salvación y por lo tanto, la posibilidad de alcanzar la felicidad plenamente, no nos queda más que decir GRACIAS Señor.

BIBLIOGRAFÍA

Bandera, A. (1988). *María en la obra de la reconciliación*. Lima: Vida y Espiritualidad.

Catecismo de la Iglesia Católica.

Doig, G. (1988). *Esperanza y Reconciliación*. Lima: Vida y Espiritualidad.

Salazar, M. (1989). *Persona Humana y Reconciliación*. Lima: Vida y Espiritualidad.

Sánchez, G. (1996). *Jesucristo Reconciliador*. Lima: Vida y Espiritualidad.